

ballos en la mar, allegaron al puerto de Constantinopla, donde por el Emperador fueron con mucho placer recibidos, preguntándoles por qué causa su tornada fué tan presto. Norandel le dijo las nuevas que en la montaña Defendida supieron, y cómo las había sabido, y que Esplandian y ellos tuvieron por mejor consejo que, quedando él en la Montaña para dar remedio en el socorro, si menester fuese, ellos estuviesen allí en su servicio; y dijéronle todo lo otro que oistes.

El Emperador, como despues que vió la profecía, siempre le ocurría della gran sobresalto, luego pensó que el cumplimiento de lo que decía era venido sin que remediar se pudiese. Pero teniendo confianza en Dios, á quien él servir deseaba, acordó con mucho esfuerzo y gran diligencia de se defender, porque si mal le viniese, mas á la fortuna que á él se le pudiese imputar. Y luego mandó allí venir toda la mas gente de armas de su imperio y todas las provisiones que hallar se pudieron, y proveer la ciudad de muchas armas, y así proveyó en todo lo otro que cumplía, con acuerdo de aquellos caballeros. Leonorina, por consejo de su padre, envió á decir por una doncella á Norandel y al conde Frandalo que la viesen, que ella les queria hablar, y á todos los otros caballeros que la quisiesen ver; que mucho placer le había dado su venida. Ellos, cumpliendo su mandado, fuéronse donde ella posaba, y halláronla en su rico estrado, y la reina Menoresa con ella, y otras muchas dueñas y doncellas de alto linaje. Y como los vido, levantóse á ellos, y hincadas las rodillas, le besaron las manos. Norandel se fué á la Reina su señora, que él mucho amaba y de quien muy amado era, aunque no se lo había mostrado; y hincadas las rodillas ante ella, porfió por le besar las manos, mas ella las tiró atrás y hizolo levantar, y como se vió ante ella, las carnes le temblaban del gran placer que su corazon sentía, y con alguna turbacion que lo semejante causar suele, le dijo: «Señora, agora lo tengo yo por buena-ventura, porque la fortuna me es tan favorable en haber traído á esta necesidad, donde en vuestra presencia y en vuestro servicio pueda ejecutar lo que mi voluntad desea, que será de tal forma, que gran sinrazon sería que de vos, mi señora, no fuese amado y tomado por su caballero, con aquel amor que el muy cuitado corazon vos tiene, ó recibir en ello la muerte. La cual, si desto que digo la esperanza perdida tuviese, sería de mí muy bien recibida, como aquella que daría remedio á mis dolorosas cuitas, que mas amargas y mas mortales que ella es las siento;» y no pudo sufrir que las lágrimas á sus ojos no viniesen.

La Reina, que lo miraba bien, vió que toda señoría y poderío tenia sobre él, y como ella lo amase mas que á su propia vida, pensó que, segun el gran esfuerzo deste caballero, junto con aquella pasión tan enamorada, que en la primera afrenta que se hallase querria hacer tanto, que su vida sería en gran peligro, de donde á ella se le seguiria gran dolor, y dijo: «Amigo, señor, no quiero yo que por mi causa seais puesto en tales afrentas, que mas á locura que á esfuerzo se juzguen, porque por donde me pensais ganar, por allí me perderéis. Y si esto es porque vos tome por mi caballero, desde agora vos recibo con esta condicion: que vuestro

esfuerzo sea templado y con discrecion, que esto hace á los caballeros ser muy loados y acertar en todas las mas cosas que emprenden, y cuando desta limite salen, aunque la valentía en su honra quede, la discrecion deshonorada y menoscabada queda; y en esto que vos mando quiero ver cómo en todo lo otro me seréis obediente.»

Cuando Norandel esto oyó, el placer suyo fué tan grande, que perdidos casi los sentidos, no pudo responder, lo cual fué ocasion de acrecentar la llaga del corazon de aquella que tanto le amaba; y bajó la cabeza como por humildad. Leonorina, como quiera que con el conde Frandalo y con algunos de los otros caballeros hablase, bien pensaba en lo que aquellos dos enamorados podian hablar; y porque estorbo no les viniese, tenia en razones á los otros. Y despues de algunas hablas, dijo al Conde: «Amigo, ¿qué tal queda el mi caballero, y por qué no vino en vuestra compañía?—Señora, dijo él, aquel caballero, que no merece ser sino de Dios y vuestro, ha estado con mucha congoja por la pérdida de aquella tan su amiga, y si no fuera por esta gran nueva, que todo lo otro le ha hecho poner en olvido, acá, Señora, supierades lo que hiciera por su delibracion. Mas, como digo, esto es tan grande, que no ha de entender en otra cosa alguna sino en lo reparar. Él queda para saber dónde van á parar aquellas grandes flotas de gentes. Y si, como se ha dicho, aquí vienen, luego enviará cartas y mensajeros donde tantos y tales caballeros le acudirán, que no será tan crecida gente que de sus manos pueda salir, sin que todos sean muertos y perdidos.—Así plega á Dios, mi buen amigo, dijo Leonorina, que sea ello como lo decis.—Así será, dijo él. Y vos, mi señora, cuando en la hacienda fuéremos, ponedvos en parte donde podais mirar, y allí veréis á lo que bastan y lo que pueden estos caballeros que á vuestro caballero aguardan.» Con esto se despidieron dellas, y se fueron al Emperador, que aguardándolos estaba.

CAPITULO CXXVIII.

Cómo Esplandian, certificado que la grande armada de los turcos para Constantinopla partía, escribe las cartas que adelante se siguen.

Esplandian, que en la montaña Defendida quedó, esperando la nueva que el Tartario cosario y Belleriz le trajesen, en cabo de diez días que de allí los caballeros partieron, fueron estos mensajeros tornados, y traian consigo en un barco cuatro turcos que tomaron de noche cerca de la grande armada. Destos supieron cómo el rey Armato y el infante Alforaj, su hijo, eran ya en la mar, con la mas gente y navíos que haber pudieron, y se habían juntado con la gente; y que luego otro dia despues que los prendieron, partieron aquellas grandes flotas la via de Constantinopla, sin tener ojo á otra ninguna parte; y que desto no dudase, porque ellos aguardaron tanto espacio de tiempo, que la gente era ya pasada gran parte, dejando muy atrás á las villas de Galacia y Alfarin. Oido esto por Esplandian, acordó de escribir una carta con Enil al emperador de Roma, considerando la gran deuda en que á su padre

era; y otra de creencia á su tio don Florestan, rey de Cerdeña, las cuales así decian.

CAPITULO CXXIX.

Carta al emperador de Roma.

«Al muy alto emperador de Roma, Esplandian, siervo de Jesucristo, caballero de la Luciente Estrella, mando besar vuestras manos.

«Acuérdesevos, Señor, que siendo mas abastado de virtudes y nobleza que de estado ni riquezas, este Señor que digo, por la su divinal gracia, vos ha puesto en tan alto señorío, que hoy sois uno de los mayores ministros para sostener y acrecentar la santa fe católica; por donde mas que á otro alguno vos obliga á seguir su servicio, poniendo la persona y el grande imperio, desechando el reposo y deleites, á todo trabajo por sostener la su ley santa. Y si así no lo haceis, aquellas grandes riquezas, aquellas muchas gentes que vos obedecen, aquellas dulzuras que vos acompañan, con todas las otras cosas temporales en que los mortales se envuelven, y con ellas se revuelven en cargos jarabes, en miserables tribulaciones, en la perdurable vida que esperamos serán convertidas, sin que el remedio dello la gran valentía, el esfuerzo del corazon, los muchos tesoros, los muchos vasallos aprovechar puedan; como creo yo que no agora nuevamente á vuestra noticia ser verdad habrá llegado. Pues venido al caso, sabréis cómo estando en esta montaña en compañía de otros nobles caballeros, dejando las locuras en que hasta aquí andaban, habiendo verdadero conocimiento, hemos hecho guerra á estos infieles, crueles enemigos del verdadero Señor nuestro; y habiéndoles ganado dos villas puertos de mar, las mas fuertes de su señorío, y defendiéndolas con ayuda deste muy noble y muy católico emperador de Constantinopla, estando en disposicion de les ganar todo el restante, este rey Armato, pagano, por se remediar á sí y por destruir á nosotros, ha convocado y llamado á todo el paganismo; los cuales, dejando sus tierras sin pena alguna, con grandes flotas y número de gentes, cuales nunca se halla ser juntas en ningun tiempo, son llegados al gran puerto del Tenedon, con voluntad de cercar esta gran ciudad de Constantinopla; que si por su dicha y nuestra desventura la cobran, podrán cobrar sin mucho trabajo todo el imperio, y mas adelante cuanto se les ofreciere. Así que, alto Emperador, cumpliendo con el Señor cuyos somos, con la vuestra virtud, con el grande esfuerzo, ayudad á poner aquel grande remedio que á la tal y tan peligrosa dolencia conviene. Lo demás se remite al mensajero.»

CAPITULO CXXX.

De otra carta á don Florestan, su tio, rey de Cerdeña.

«Noble rey de Cerdeña, don Florestan, mi tio: Yo escribo una carta al Emperador, que Enil vos mostrará, y no solamente se ha de procurar el efecto della por vos, mas recordar en vuestra memoria cómo las grandes valentías vuestras que hasta agora pasastes, fueron mas en gran peligro de vuestra persona que en provecho de vuestra ánima. Y pues el muy alto Señor os ha

llegado á tal edad y á tal señorío, haciéndoos señalado en el mundo, procurad vos que la fin no sea diversa de su servicio; pues que con ella, siendo cual debe, reparando los yerros antes que vengan, se alcanza aquello verdadero que no vemos, quedando lo que vemos por una burlada locura, como lo es; y porque Enil vos hablará mas largo, á él lo restante remito.»

CAPITULO CXXXI.

Cómo Esplandian envió á demandar ayuda por Gandalin á los reyes y altos hombres en este capitulo contenidos.

Despachadas estas dos cartas por Esplandian, acordó que Gandalin fuese á su padre, y le contase aquel tan gran caso y peligro en que la cristiandad estaria si remedio no se pudiese; y asimesmo le dijese de su parte que fuesen por él requeridos el rey de Sobradisa, don Galaor, y Galvanes, y el rey don Bruneo, y don Cuadragante, señor de Sansueña, y Dragonis, rey de la Profunda Insula, y Gasquilan, rey de Suesa, y Agrájes; y aun que, si le pareciese, que lo hiciese saber al rey Perion, su señor, que sería bien; porque si con su persona cumplir no pudiese, que cumpliría mucho con su ánima, y si no, que enviaria su gente; y tambien encargó á Gandalin que besase por él las manos al rey Lisuarte, su abuelo, y á la reina Brisena, y les dijese todo el negocio en que estaba. Y que pues el poderoso Señor les dió su gracia, que en vida tan santa acabasen, que lo ayudasen con sus oraciones y con todas las otras de los religiosos de aquel reino, y que dijese á su padre que su parecer era que todas las flotas se juntasen en el puerto de la insula Firme, porque de allí juntas partiesen; y esto, que se hiciese con gran diligencia, porque á la hora era ya puesto el cerco sobre Constantinopla, y diese á su padre una carta que así decia.

CAPITULO CXXXII.

Carta de Esplandian á su padre.

«Noble y esforzado rey de la Gran Bretaña, mi señor y mi padre: Vuestro hijo Esplandian, siervo de Jesucristo, caballero de la mas Luciente Estrella, manda besar vuestras manos. Agora, Señor, es venido el tiempo en que pagar podeis aquellas deudas que la fortuna hasta aquí os ha ofrecido. La primera, de nuestro Señor Dios, que os hizo extremado sobre todos los príncipes del mundo, en todas aquellas cosas que á caballero y á rey pertenecen, por donde á la honra y estima vuestra ninguno igualar se pudo. La segunda, aquella gran carga que sobre vos tomastes en aquella ayuda y favor que deste noble emperador de Constantinopla os fué hecha, cuando mas menester la hubistes, que fué causa de ser vos puesto en la mayor alteza que ninguno de los mortales. Pues si decimos de la tercera, que fué gastando vuestro tiempo, empleando vuestras fuerzas muchas veces en grandes peligros, en la vana gloria deste mundo, de que perdon os conviene pedir, con esto que al presente nos ocurre, queriendo vos, gran rey, seguir la verdadera razon, todas ellas serán purgadas. Y por ser tal el mensajero, que va informado de todas las otras cosas á esta tan gran necesidad necesarias, se

da fin á esta, besando las manos á la Reina, mi madre y mi señora.»

CAPITULO CXXXIII.

Cómo el emperador de Roma y don Florestan, recibidas las cartas, acordaron entre sí que luego don Florestan, con la gran flota del Emperador, para el puerto de la insula Firme se partiese.

Con estas cartas que habeis oído, partieron de la montaña Defendida aquellos dos caballeros Enil y Gandalin, en una barca, con hombres que los guiasen, y remándola por la alta mar, aunque con algun peligro, el Señor mas alto y mas poderoso de todo el mundo, viendo cómo iban en su servicio, los hizo llegar en cabo de quince dias á un puerto de Roma que Laudato habia nombre; y allí, salido Enil en tierra con sus armas y caballo, se fué donde supo que el Emperador estaba, porque le dijeron que el rey don Florestan nunca dél se partía. Y llegado en su presencia, despues de le haber besado las manos, les dió las cartas de parte de Esplandian. El Emperador, tomando la suya, dijo riendo: «Enil, mi amigo, si fuera por ventura esta embajada como la otra que me llevastes al real de Vindisora, ¡qué gran sobresalto me pusieras!—Señor, dijo Enil, aunque en cantidad esta muy menor sea, en cualidad mucho mayor es, segun la gran diferencia que es entre el prometimiento á los hombres ó al mas verdadero Señor.» El Emperador dijo: «Segun me parece, lo que en burla vos dije, en verdad se habrá de tornar.» Y abriendo la carta, la leyó, de que fué muy maravillado y muy alegre, pensando que en la tal jornada podria servir á Dios algo de las grandes mercedes que le habia hecho. El rey don Florestan leyó la suya, y despues del Emperador, y dijo: «Bendito sea el Señor del mundo, que á tal tiempo nos dejó llegar, porque en cosa tan señalada se remedien las locuras pasadas, que contra su servicio hemos hecho.» Y luego, sin mas tardar, fué acordado que aquel valiente y esforzado rey de Cerdeña don Florestan, tomando consigo la gran flota del Emperador, proveida de la mejor gente que en todo el imperio haber se pudiese, y otra suya, se fuese luego á aquel puerto de la insula Firme, donde por Enil les fué dicho que todos se habian de juntar. Así que, desto, aunque muy gran gente fué, no se hará por agora mencion hasta su tiempo.

CAPITULO CXXXIV.

Cómo Gandalin presentó las cartas al rey Amadís y á la reina Oriana, y del sobrado placer que con él hubieron.

Despues que Gandalin de Enil fué partido, navegando en la barca, aportó en la Gran Bretaña, y salido en tierra, se fué para Lóndres, donde el rey Amadís su señor estaba; y cuando fué ante el Rey y ante la reina Oriana, ¿quién os podria decir el gran placer que con él hubieron, abrazándolo muchas veces con lágrimas en sus ojos, recordando en sus memorias cuántas veces en los pasados tiempos fueron por sus consejos y consuelos tornados de la cruel muerte á la sabrosa vida? Y aunque al presente Dios los habia puesto en tan grande estado, como ser señores de tantos reinos, segun los trabajos y fatigas, así corporales como espi-

rituales, los fatigaban, aquella tan sabrosa vida pasada, de tanta dulzura y de tanta amargura, como las pasiones y deleites enamorados traer suelen trocarian; que si en su mano fuese, y no tan por entero sus conciencias y honras aventurasen, antes en aquello pasado que en lo presente deseaban pasar su tiempo; porque por su ejemplo, aquellos que con demasiadas codicias, no curando de pensar en lo alegre y triste venidero, ponen todos sus cuidados y trabajos por alcanzar los bienes mundanales, no se acordando cómo los que los poseen pasan por causa dellos muchas cuitas, muchos dolores y fatigas en este mundo, y en el otro, donde remediar no se pueden, con mas templanza los procurasen, como cosa que teniendo cabo, por el cabo no se debian de amar, como por las antiguas escrituras nos es mostrado, y por los muy grandes sabidores, que con tanta certinidad y aficion en sus famosos dichos alabaron la pobreza.

CAPITULO CXXXV.

Cómo alterada de justo temor,
Con lágrimas tristes y todo letijo (1)
Impide la madre la ayuda del hijo,
Temiendo del padre peligro mayor;
Mas luego le hace la fuerza mayor
Que quiera lo que antes querer no queria,
Al hijo con padre dando por guia
La mas clara seña del alto Señor.

Pues dada la carta por Gandalin al rey Amadís, y asimismo todo lo otro que de palabra encargado trajo, con muy gran placer el Rey dijo á la reina Oriana: «Mi señora, ved esta carta de vuestro hijo, y lo que Gandalin dice, y ayudad á que socorrido sea, no me poniendo á mí algun premio fuera de la razon, porque en mi ida está la de todos aquellos que él allá querría tener.» Oriana, que el gran peligro vido, dijo: «¡Ay santa María, váleme! y ¿qué será de mí, que tengo perdido mi hijo, y así lo quiere ser el padre?» Y comenzó de llorar, torciendo sus manos una con otra. Gandalin le dijo: «¿Qué es eso, Señora? ¿No se os acuerda que sois hija y mujer de los dos reyes mejores del mundo, y madre de aquel bienaventurado caballero cual nunca, desde el mundo fué establecido hasta nuestro tiempo, tal no se halló, que en tal cosa como esta, que está en punto de ser toda la cristiandad perdida, y vuestro hijo hecho pedazos, mostrais tan gran flaqueza? Por cierto, de persona tan señalada que no se halla su igual en el mundo, no se esperaba lo semejante.—Amigo mio Gandalin, no me culpes; que, segun lo que por mí hasta agora ha pasado de angustias y dolores y grandes congojas, hasta venir en esto en que estoy, por donde muchas veces la muerte demandé, agora creyendo ser fuera de todo, me venga cosa de tan grande peligro. A Dios pluguiese, por su infinita bondad y misericordia, que estando en el mundo como una simple mujer olvidada, todos esos grandes señoríos de mí fuesen apartados. ¡Ay mezquina de mí! y ¿qué me aprovechan? ¿Es otra cosa este reinar sino tener obligacion de castigar y salvar á todos? Y no solamente estar siempre mi cuita—

(1) *Letijo* vale tanto como «contento, alegría», del latin *laetitia*; si bien parece que el sentido requería una palabra que expresase angustia ó tristeza.

da ánima en gran peligro de su salvacion, y mas, que cada hora y momento se levanten cosas por donde mi espíritu en tanta aficcion puesto sea, que ninguna memoria de placer ni descanso en mí quede.»

El rey Amadís la tomó por las manos y le dijo: «Mi señora, ¿sufriréis vos que aquel vuestro hijo, tan señalado en el mundo, sea muerto sin que de su padre sea socorrido? Nunca á Dios plega que por vos, mi señora, pase tan gran cruera; pues si, demás desto, soy yo obligado á aquel emperador, todo el mundo lo sabe, y vos, mi amada señora, lo vistes, en qué tiempo me fué él tan buen amigo. Así que, con aquel ánimo que, siendo doncella sin ningun mando, las fortunas pasadas sufristes, sufrid agora que Dios os hizo reinar; ensanchando el corazon la discrecion, como es el gran señorío en que puesta estáis; que si lo uno con lo otro no cabe, muy mal gobernar ni avenir la pueden.» La Reina, abrazándose con el Rey, dijo: «¡Ay fortuna, cuántas veces me ensalzaste, y despues me abajaste con fuertes golpes! Por cierto, no puedo decir de tí sino que tu destemplanza es provechosa templanza, si considerarla quisiésemos, echándola mas á la parte de la razon que de la falsa aficion. Y pues que tú, fortuna, eres la guiadora de las mundanales cosas, yo me pongo debajo de tu ley, rogándote que en las adversidades pasadas te contentes, y en las venideras me seas benigna y graciosa; y aunque á tí, fortuna, se endereza mi ruego, no lo hago sino á aquel mas alto Señor, que por su voluntad es el tu poder guiado.»

CAPITULO CXXXVI.

Del gran sentimiento que el rey Lisuarte y la reina Brisena mostraron despues que Gandalin la embajada de Esplandian les contó.

Desde que ya Gandalin la pasion de la reina Oriana amansada vido, dijo al Rey: «Señor, yo tengo de besar las manos por vuestro hijo, que me lo mandó, al rey Lisuarte y á la Reina, sus abuelos; y en lo que él os escribe poned remedio, y luego, como en la cosa mas señalada y mas peligrosa que en el mundo se podria levantar.» Y despedido dél, se fué al castillo de Miraflores, donde sabida por el Rey su venida, mandó que se lo trajesen, porque bien pensó de oír nuevas de aquel su nieto, que mas que á sí amaba; y llegando Gandalin, hallóle que estaba rezando sus horas debajo de unos árboles muy hermosos, que unas fuentes con su gran sombra cubrian, y hincando las rodillas, le besó las manos, diciendo: «Señor, esto hago de parte de aquel bienaventurado caballero vuestro nieto.» El Rey, con mucho placer, le dijo: «Amigo Gandalin, vos seais bien venido; decidme, ¿qué tal queda este mi hijo que decis?—Señor, dijo él, queda de salud muy bueno, y de congoja de espíritu con tanta pena, que para él es á par de muerte.—¿Por qué causa? dijo el Rey.—Señor, dijo Gandalin, por la mayor que nunca se sabe que fuese.» Entonces le contó todo el negocio de la manera que quedaba, y lo que Esplandian rogaba que por él hiciese, que era, como se ha dicho, que con sus oraciones le ayudase.

Cuando el Rey esto oyó, estuvo un rato que no habló, y bajando la cabeza, fué puesto en muy gran pensamiento.

to; de manera que ni él hablaba con Gandalin, ni Gandalin le osaba decir ninguna cosa, maravillado á qué podria responder aquel silencio tan grande, y acordó de no se partir de su presencia hasta ver el cabo dello; pero ya el Rey en sí tornado, dijo: «Gandalin amigo, entrad donde la Reina está, y dadle nuevas deste que ella tanto ama, y por ninguna manera no le digais la verdad de lo que pasa, sino que Esplandian, viniendo á esta tierra por nos ver, adoleció en la mar, y que queda en la insula Firme, y que, segun dice el maestro Elisabat, es menester que lo traigan aquí, donde fué nacido y criado; que de otra manera estaria su vida en peligro.—Señor, dijo él, así lo diré como lo mandais.» Y luego se entró en la cámara de la Reina, y besándole las manos, dijo: «Señora, aquel vuestro hijo Esplandian, que es hoy el lucero sobre todos los caballeros que armas traen, viniendo con mucho deseo á esta tierra, fué su ventura de adolecer, y queda en la insula Firme; y vengo yo, por mandado del maestro Elisabat, á los reyes mis señores, que tengan tal forma que luego aquí sea traído, porque de otra manera su mal podria en gran peligro crecer.» La Reina le dijo: «Mi amigo Gandalin, lo que vuestra presencia de placer me dió, la nueva que consigo trae lo ha turbado, y de tal manera, que mi triste corazon no sé yo qué se adevina; mucho mas que la voluntad lo queria lo siente; porque adolecer las personas es cosa tan natural y tan usada, que poniendo el remedio que cumple, el espíritu descansa y reposa en mucho grado; mas esto no es así, antes mi alteracion es en tanto grado, como si mi ánima adivinase otras cosas de muy mayor dolor y tristeza.—Señora, dijo Gandalin, hasta agora no hay causa por donde lo triste sobre lo alegre deba ser enseñoreado; pues en lo porvenir, ninguno es poderoso de saber á qué su sospecha redundará, segun cada dia vemos cómo la imaginacion queda en falta todas las mas veces; y por esto, adonde hay tanta discrecion, á la mejor parte se deben echar todas las cosas que por el muy alto Señor son ordenadas.—Todo esto que vos, mi amigo Gandalin, me decis, dijo la Reina, conozco ser así muy verdadero; pero la humanidad es en tanta flaqueza, y tan fuerte en nos sojuzgar, que olvidando lo divino, no podemos sino en todo lo mas seguir lo que nos manda, y yo así lo hago; que cierto, como quiera que en los tiempos pasados, como vos bien sabeis, á mí muy grandes sobresaltos me vinieron, ninguno dellos tanta fuerza como este tuvo, de poner mi cuitado corazon en tanto desmayo ni en tanta cuita.» Estas razones que habeis oído, pasaron entre aquella noble reina y Gandalin, no sabiendo ninguno dellos á qué fin. Pero no duró ni pasó mucho tiempo en que fué manifesto, por donde aquello que la Reina como en sueños adivinaba, en efecto de verdad pasó, como la historia adelante cuenta.

CAPITULO CXXXVII.

Cómo Amadís hace saber al rey Perion, su padre, y al rey de So Bradisa, y á don Galvanes, su tío, la necesidad que su hijo Esplandian tiene de socorro.

Salido Gandalin del castillo de Miraflores, y tornado en Lóndres en la presencia del rey Amadís, dijole todo lo que pasó con el rey Lisuarte y con la reina Bri-

sená; él le respondió: «Amigo Gandalin, como esté sea un famoso rey, como tú conoces, no puedo creer que en vano aquel su tan gran pensamiento pase, ni asimesmo aquella tan sobrada tristeza de la Reina; que muchas veces acaece antes que las cosas vengan á ser sentidas, con abiertas señales de tristeza no pensada. Esto dejémoslo á Dios, en cuyo poder todas las cosas son, que lo guíe á su servicio, y nosotros, que en las semejantes cosas andamos como ciegos, sigamos lo que la razón nos manda; yo he pensado que con el gran trabajo que en el largo camino has pasado, juntes esto poco, de llegar al rey de Sobradisa, mi hermano, con una carta mía; porque sabiendo el negocio de tí, mucho mas que otro alguno le dará causa para que, poniéndose á toda aventura, deje en olvido el descanso y reposo en que está; y luego te pasarás al rey Perion, mi padre, y darle has otra, que con ella y con tu presencia será causa de gran remedio.» Gandalin le dijo: «Señor, yo vine con este mandado de vuestro hijo, creyendo él que mejor que otro alguno lo tengo de poner en efecto, y por esto antes me será descanso que trabajo cualquiera cosa en que mejor cumplir se pueda. — Pues toma esta carta, dijo el Rey, y lo demás se refiere á tí.» La cual decía así.

CAPITULO CXXXVIII.

De la carta que envió el rey Amadís á don Galaor, su hermano, rey de Sobradisa.

«Hermano muy amado, rey de Sobradisa: Sabed que la fortuna, descubridora y trastornadora de las prósperas y adversas cosas temporales, nos muestra al presente una tan favorable y grande como de Gandalin sabréis, que nos da causa á que nuestros ánimos sin comparación en el extremo de la alegría puestos sean, y mucho mas á las ánimas, segun la mayor parte y mas verdadera les cabe. Por eso, hermano, acordándoseos de los tiempos pasados on liviandades, en que por las seguir muchas veces al punto de la muerte fuimos llegados, y como quiera que los cuerpos en esta vida quedasen y las ánimas sin haber hecho dellas enmienda condenadas están, es razón que, volviéndonos á la verdadera razón, con todo cuidado reparemos aquello que casi como en olvido tenemos, así como por nuestros pecados nos acaece, que mirando lo presente y la esperanza en lo porvenir, el remedio de lo pasado muy poco cuidado nos pone. Aquí serán bien empleados los vuestros muy duros y fuertes golpes, aquí será ejercitado aquel grande esfuerzo de vuestro bravo corazón, aquí serán puestos en aquella gloria y alteza que merecen. Esta carta haced enviar á don Galvanes, mi tío, al que ruego que la haya por suya.»

Dada esta carta á Gandalin, pará el rey de Sobradisa, don Galaor, y para don Galvanes, señor de la insula de Mongaza, el rey Amadís le dió otra para el rey Perion.

CAPITULO CXXXIX.

De la carta que envió el rey Amadís á su padre, el rey Perion de Gaula.

«Rey muy alto, Perion de Gaula, mi señor y mi padre: Si el pasado tiempo os ha otorgado tan gran fama,

por donde el gran prez y valor de vuestra real persona por todo el mundo es divulgado, este presente con dobladas victorias del cuerpo y del ánima se os ofrece. Las temporales cosas, conforme á la juventud, naturalmente consigo traen soberbia, cobdicia, vanagloria, con otros muchos vicios que en ofensa del muy alto Señor son, por donde la templanza para las resistir con la fresca edad muy trabajosa se nos hace; pero ya la edad mas crecida, que mas la discrecion y el conocimiento aclara, nos manda y aconseja que con sus contrarios se remedie, tornando la soberbia contra aquellos infieles, que son en contra de nuestra santa ley; la cobdicia, que la tengamos muy hirviendo para los destruir; la vanagloria, sentirla en haber cumplido lo que cumplida bienaventuranza nos promete; y porque á esto hace el caso lo que por Gandalin os será contado, mandad vos, muy alto rey, poner el remedio con que tan gran cosa remediarse pueda.»

CAPITULO CXL.

Cómo el rey Amadís casó á Gandalin con la doncella de Denamarca, y haciéndole conde, le dió los castillos y tierra que de Arcalaus el Encantador habían quedado.

Esto así despachado, el Rey dijo á Gandalin: «Mi amigo, yo quiero, antes que de aquí partas, que cases con la doncella de Denamarca; que ya sabes cómo, despues de Dios, ella me dió la vida; pues la bondad de su persona, así como á mí, te es manifiesta; la Reina le ha dado un condado en galardón de lo que le ha servido, y yo tengo para tí todos los castillos y tierras que quedaron de Arcalaus el Encantador, que en uno dellos sabes que yo fui encantado, y puesto en la voluntad de aquel mal hombre de me dar la muerte ó la vida, y tú en aquella cruel prision suya metido, con muy poca esperanza della salir; y dejando todas las otras cosas aparte, en que el gran poder del mas alto Señor nos muestra, ten en la memoria que, no solamente por gran dicha de allí fuimos librados, mas que ahora permitió que aquella hacienda del tanto amada y defendida viniese á tus manos, sin que pensamiento dello tuvieses, en que se muestra el gran poder de la mudable fortuna; así que, mi buen amigo, pues que este es mi servicio y tu honra, no se dilate mas el efecto dello; yo enviaré á tu padre que luego provea en tomar aquellos castillos, y mandaré á don Guillan, duque de Bristoya, que por mi mandado los cercó y tomó, que él te los entregue.» Gandalin le dijo: «Señor, yo soy vuestro, y hasta ahora nunca rehusé cosa que á vuestro servicio tocase; en esto que me mandáis cumplase vuestra voluntad, que aquella es la mia.» Pues luego fué desposado y casado con aquella doncella de Denamarca, que sin pensamiento desto del uno y del otro, mucho de buen y leal amor se amaban. Y él fué llamado conde y ella condesa, que así sus grandes servicios y lealtad lo merecian. Y pasadas las fiestas de sus bodas, el conde Gandalin se partió con estas cartas que ya oistes, mandándole el Rey que por allí diese la vuelta, porque lo queria llevar consigo en su flota, y cuatro escuderos con él, que le mandaba dar para su servicio, y todo lo que le fué menester para su camino.

CAPITULO CXLI.

Cómo Amadís hace saber por sus cartas á don Gasquilan y á don Bruneo y don Cuadrágante la necesidad en que Esplandian, su hijo, al presente estaba.

El rey Amadís, despedido del conde Gandalin, como se os dijo ante desto, envió un caballero, que nuevamente á su servicio era venido, primo, hijo de hermano, de la señora de Flándes, que Handro (1) habia nombre; el cual, siendo muy señalado en armas en su tierra, oyendo decir cómo los mas preciados caballeros del mundo, dejando sus tierras, se iban á servir á Dios en compañía de Esplandian; así él, queriendo seguir este camino, acordó de se venir á la Gran Bretaña, por pasar á aquella parte con la primera flota que allá fuese; y porque el rey Amadís tenia noticia de su bondad, haciale mucha honra, y quiso poner en este camino con una carta al rey de Suesa, Gasquilan, y otra para don Bruneo, rey de Arabia, y Cuadrágante, señor de Sansueña, las cuales así decian.

CAPITULO CXLII.

Carta del rey Amadís á Gasquilan, rey de Suesa.

«Si vos, esforzado rey de Suesa, con tanto cuidado y peligro, por servicio de aquella señora princesa que tanto amais, vuestra noble persona en gran congoja tenéis puesta, que por una de las mas livianas cosas temporales juzgar se puede, como yo por la experiencia lo haya probado, cuanto mas lo debéis hacer en servicio de aquel Señor, que, siendo del apartado todo lo malo, no queda ninguna cosa que á su gran poder contradecir pueda. Pues, como yo sea testigo que vuestro muy esforzado corazón no sea satisfecho sino con aquellas hazañas que imposibles parecen de se acabar; así, gran Rey, quiero ser consejero que sean empleadas en aquellas partes donde, aunque el cuerpo, que es de tierra, padezca, el alma, que no tiene fin, goce de aquella gloria que siempre ha de durar. Y porque el caso es tan grande, que muy grande escriptura para ser por extenso contado se requiere, remítase al mensajero; dadle fe, pues que con ella la santa fe es acrecentada.»

CAPITULO CXLIII.

Otra carta del rey Amadís á don Bruneo, rey de Arabia, y á don Cuadrágante, señor de Sansueña.

«Amados hermanos, rey de Arabia don Bruneo, y don Cuadrágante, señor de Sansueña: Si las grandes cosas que hasta aquí en loor y prez de vuestras nobles personas habeis pasado os dan descanso, quedando sin ningun cuidado, otras muy mas virtuosas y mas provechosas os mandan que, dejando el descanso que los cuerpos en los vicios y deleites con reposo suelen tener, lo pongais en aquel trabajo, que aunque vuestros espíritus fatigados y congojados sean, sea para ganar aquella holganza y aquel verdadero reposo que fin no tiene. Y porque mas este caso tan grande conviene ser por palabra relatado que por escriptura, oid al mensajero, que por mas extenso lo contará.»

(1) Las dos ediciones que tenemos á la vista dicen *Handro*; pero, atendida la incorreccion y descuido que se advierte en este género de libros, pudiera muy bien que en su lugar hubiera de leerse *Leandro*.

CAPITULO CXLIV.

De cómo el caballero Handro se partió con las cartas que Amadís le dió.

Pues este caballero Handro, tomando sus armas y caballo y un escudero consigo, fué metido en una fusta por la mar, con voluntad de cumplir aquello que lo primero era en que su señor le ponía, y lo que recaudó, adelante se dirá. Agora torna la historia á contar lo que aquellas grandes flotas y gentes de los paganos en este medio tiempo hicieron sobre el cerco de aquella gran ciudad de Constantinopla.

CAPITULO CXLV.

Cómo los turcos arriban en puerto de Constantinopla con mal pensamiento, Las velas hinchadas de pérdida viento, Mostrando soberbia su vano concierto; Adonde viendo el mal desencuerto, El buen Norandel y Frandalo el fuerte Venden sus vidas por muy cara suerte, Dejando de muertos el campo cubierto.

Allegadas aquellas grandes gentes de los paganos en el puerto de Tenedon de Troya, juntóse luego con ellos aquel rey Armato de Persia con una muy grande flota que aparejada tenia, bastecida de muchos hombres y bien armados, y de muchas viandas cuantas se pudieron haber; la cual llevaba encargo de la gobernar su hijo el infante Alforaj, porque el Rey no era bien sano por causa de la gran congoja que en la prision habia tenido; y luego sin mas tardar partieron todos la via de aquella gran ciudad, con tan gran soberbia en se ver tantas gentes juntas, que no solamente pensaban ganar y conquistar aquella, mas todo el restante del mundo. Así llegaron al cabo de siete dias á vista de la ciudad, todos los mares cubiertos de navíos en tan grande número, que casi el agua no se parecia, y á los que los miraban les parecian que eran grandes montes y sierras, que las grandes ondas les hacian parecer. El Emperador y aquellos caballeros que ya oistes que con él estaban, con toda la mas gente que tenian, acudieron á aquellas salidas que mas aparejadas estaban para salir en tierra, y con gran denuedo y esfuerzo se pusieron á se lo defender. Los turcos llegaron con muy grandes alaridos en aquellas naves que mejor á la tierra se podian llegar; y revolvióse entre ellos, los unos desde el agua y los otros desde tierra, una muy brava batalla de saetas, de ballestas y arcos, que eran mas espesas por el aire que la lluvia cuando mas espesa cae. Pero los de las naves no pudieron, con la gran resistencia, tomar tierra, aunque muchos dellos saltaron en el agua, que harto baja era. Mas luego se juntaron con ellos los cristianos, y á mal de su grado, los hicieron tornar á las barcas, quedando muertos algunos dellos por mano de Norandel y del conde Frandalo y sus compañeros. Pero ni por eso los paganos dejaron de tomar tierra; que en tantas partes se repartieron, que los cristianos no tuvieron facultad de gente para se lo resistir, y puestos en sus caballos, vinieron en la delantera mas de doscientos mil dellos. Los cristianos queríanlos recibir y envolverse con ellos, mas el Emperador no lo consintió, diciendo que si con aquellos peleasen, que los

otros que en la mar estaban saldrian de rondon y los podrian tomar en medio; que pues la gente era tanta, con quien no se podrian valer, que mejor era retraerse á defender la ciudad, porque allí perderian tantos, de que recibirian gran peligro.

Los caballeros cruzados, que no habian hasta allí usado á volver las espaldas por ninguna afrenta que les viniese, hacíaseles muy grave, mas conociendo que el Emperador y la razon lo queria, hubieron de venir en ello; y como el puerto comenzaron á desamparar, salieron los turcos de los navios como tras vencidos, y con gran osadía y poco concierto llegaron de rondon. Allí viéranse las grandes maravillas que Norandel y sus compañeros hacian en defensa de los suyos; y como los paganos no trajesen muchas armas, y las que traian no eran muy fuertes, hicieron en ellos tan grande estrago, que todo el campo por donde iban quedaba lleno de muertos y heridos; de manera que, viendo el gran daño que recibian, se iban deteniendo. Mas luego llegó la otra gente que ya oistes, con grande estruendo y tantas voces, que no los pudieron sufrir, y les fué forzado de se retraer con mas prisa; así que, en aquella arremetida perdieron los cristianos alguna gente de pié; pero como la ciudad fuese cerca, recogieronse todos á ella á la parte de la puerta Aquileña.

A esta sazón venia un rey pagano, mancebo, armado de ricas armas, en un hermoso caballo, y adelantóse tanto de los suyos, que Norandel hubo conocimiento que, si Dios le diese victoria, ternia tiempo para la ganar sin mas peligro de lo que de aquel le podria ocurrir. Diciendo al conde Frandalo: «Mi amigo, si en priesa me viéredes, mirad por mí;» dió de las espuelas á su caballo, y fué para él con la espada en la mano, que ya habia quebrado la lanza. El Rey asimesmo enderezó para él, y encontróle en el escudo, de manera que quebró la lanza, y al pasar alcanzóle Norandel con el espadatal golpe en la cabeza, que sacándole el yelmo della, lo hizo ir rodando por el campo, y quedó tan desacordado, perdidos los estribos, que casi no tenia sentido. Entonces Norandel trabó de la rienda del caballo y comenzólo á llevar consigo. Los suyos, que así le vieron, arremetieron por el campo á gran priesa por le socorrer; mas Frandalo, que apercebido estaba, dió una voz muy grande, diciendo: «Ea, señores, que ahora es tiempo.» Puso las espuelas á su caballo, y la espada alta en la mano, fué á lo socorrer, y todos los otros que allí estaban, con tan gran denuedo, que encontrándose con los turcos, muchos dellos fueron puestos por el suelo. Así que, con este impedimento hubo Norandel lugar de llevar consigo aquel rey pagano; y dejándolo en poder de los suyos, volvió como leon rabioso, no acordándosele de aquella palabra que á su muy amada señora, la reina Menoresa, habia dado, y metióse entre los enemigos tan denodado, que muchas veces fué en punto de se perder; mas aquel conde Frandalo y Talanque, y Maneli y Ambor, y Bravor, hijo del gigante Balan, que maravillas habia hecho, de aquellas que su valiente padre y abuelo muchas veces hicieron, y todos los otros sus compañeros, que muy valientes eran, y otros muy buenos caballeros de casa del Emperador, luego le socorrieron, hiriendo y matando cuantos alcanzar po-

dian; de manera que por fuerza, aunque muy gran gente sobre ellos cargaba, lo sacaron de aquella priesa, y con aquel tiento que el grande esfuerzo junto consigo tiene, sin que mucho daño recibiesen, se retrujeron donde los suyos estaban.

CAPITULO CXLVI.

Cómo viniendo la noche, los turcos se recogieron en sus naos, y la gente del Emperador, que á pelear habian salido, se recogieron á la gran ciudad de Constantinopla.

Bien podrian creer algunos que estas gentes de los paganos, segun su muchedumbre, que allí estarian todos los mas de los que en esta jornada eran. Yo os digo, y no lo dudeis, que como quiera que fuesen mas de trescientos mil hombres, que, segun los que en la mar quedaban, y los que eran apartados para tomar tierra por otros lugares, que estos que digo no eran de diez partes la una. Pues recogidos los cristianos en aquella puerta Aquileña, siendo ya casi puesto el sol, los paganos, no teniendo con quién pelear, hubieron por bien de se tornar á sus naos para dar orden en qué manera el cerco se porría. Y el Emperador, mandando cerrar las puertas, se fué con toda la gente á su gran palacio, donde quedaron con él los caballeros cruzados, y la otra gente fueron á sus posadas á descansar, que bien les era menester. Pero quiso el Emperador saber antes lo que habian hecho Gastiles, su sobrino, y el rey de Hungría, y el príncipe de Brandalia, y el conde Saluder, y el almirante Tartario, que habian ido á la otra parte de la ciudad con gran gente, á resistir que los paganos no tomasen tierra; los cuales hubieron una muy peligrosa batalla entre sí, adonde murieron muchos de los paganos, y asimesmo de la gente de la ciudad, pero no pudieron quitar con la gran gente que sobre ellos vino, que no tomasen tierra, y á ellos hiciesen retraer hasta los muros por la puerta que del Dragon se llamaba; y habia aquel nombre porque cuando aquella ciudad se comenzó á poblar hallaron allí un dragon muy fiero en una cueva, al cual en fuertes cadenas tuvieron atado mucho tiempo, como por cosa de maravilla. Sabido esto por el Emperador, envió por aquellos caballeros, y despues de ser desarmados los unos y los otros, y remediadas algunas heridas que tenian, por mano de aquel gran maestro Elisabat, hízoles sentar á sus mesas, y él la suya entre ellos, á cenar, mostrando mucho mas esfuerzo y placer que en el corazon tenia, recordándosele de aquella profecía de la doncella Encantadora, que cada vez que se le acordaba era atormentado de grandes congojas; por lo cual no se debrian las semejantes cosas por los hombres procurar de saber; que si es verdad que han de venir, ¿quién las puede estorbar, sino aquel muy alto Señor que el su gran poder es sobre todo lo humano? Y si de venir no tienen, ¿qué aprovecha haberse las personas antes afligido y contristado? Dejémoslos, por Dios, de poner los gruesos juicios nuestros en las semejantes sotilezas, que es sacarlos de su natural, por donde en muchos yerros son caidos. Y tomemos aquello palpable, muy humano de entender, muy liviano de seguir y poner en obra, si de nos quisiésemos apartar aquellos vicios que cada hora y momento nos muestran, no solamente ser como co-

sas abominables de desechar, mas llevarnos á aquella tristura, á aquella amargura donde, perdida la esperanza del remedio, para siempre serémos atormentados.

CAPITULO CXLVII.

Cómo cercada la santa bandera de fuerzas paganas, por mar y por tierra, Inventan mil modos, mil artes de guerra, Los santos de dentro, los diablos de fuera; Y cómo defienden la puerta primera Tres caballeros de gran corazon, Con la del Pozo y del fuerte Dragon, Que otra ninguna abierta no era.

Acabada la cena, mandando el Emperador poner gran recaudo en la cerca, todos se fueron á reposar, esperando, venido el día, de pasarlo con mayor afrenta, segun la mas gente contra ellos esperaban. Norandel llevó consigo al rey pagano, que era mancebo muy dispuesto, y así pasaron aquella noche. Otro día, siendo el Emperador levantado, todos los caballeros fueron á oír misa en la capilla de la Emperatriz, do estaba su hija y la reina Menoresa, y otras muchas señoras de grande estado. Y siendo la misa acabada, Norandel mandó allí venir aquel su preso, y tomándole por la mano delante todos, fué á la infanta Leonorina y dijole: «Señora, segun vuestra grandeza, no se debe poner en vuestra prision si no fuere emperador, y porque este mi preso no lo es, sino rey, paréceme, si vuestra merced manda, que se debe dar á reina, y por esto le pongo en la merced y mesura de la reina Menoresa.» Leonorina le dijo, viendo adónde su pensamiento tiraba: «Mi buen amigo, lo que decis es justo, y así quiero yo que se cumpla, y ruego á la Reina que reciba en servicio este tan honrado presente que le dais; que, segun vos y vuestros compañeros sois, no faltarán para mí aquellos que señalastes.» La Reina tomó el preso, dando á Norandel muchas gracias, no con aquel gran amor que su corazon sentia, mas con aquella disimulacion que en semejantes cosas la lengua tener suele.

A esta sazón, como los paganos viesan toda la gente de la ciudad recogida, y que el campo les quedaba desembargado, salieron muchos dellos de las naves y cercaronla toda en derredor, dejando en las flotas otras muy infinitas gentes que las guardasen, temiendo algun socorro que les podria venir. Pues armando sus tiendas, y fortaleciendo sus reales con grandes y hondas cavas, procuraban y trabajaban cómo la ciudad se pudiese combatir. Allí entre ellos habia muchos soldanes, tamorlanes y reyes, y otros grandes señores, príncipes sobre muchas gentes, que les servían. El Emperador mandó á Norandel que con la mitad de sus compañeros y con otros muchos de los suyos pusiesen recaudo en la puerta Aquileña, y al conde Frandalo, que tomase cargo, con los otros, de la puerta del Dragon; y á su sobrino Gastiles y al rey de Hungría, con otros muchos caballeros, que guardasen la puerta del Pozo, que así se llamaba, porque habia cabe ella un pozo de tanta hondura, que nunca en él se halló cabo, por donde creian todos, segun algunas veces en él oían grandes bramidos, que infernal fuese. Todas las otras puertas de la ciudad, que mas de cuarenta eran, estaban cerradas, con recelo de los enemigos. Estando así

los unos y los otros, pareció á la parte donde Norandel guardaba, y con él Talanque y Maneli, y Ambor y Gavarte de Val Temeroso, un caballero armado de unas armas negras, guarnecidas de oro, con labores muy extrañas, y por ellas sembradas muchas piedras preciosas, así por la parte donde la loriga se abrochaba, como en toda la redondez del escudo; pero su yelmo era tan recio, que nunca hasta entonces otro tal se vió; cabalgaba en un caballo bayo, grande á maravilla, y así lo era el caballero, que no parecia sino jayan. Traia en su mano una lanza, guarnecida con chapas de oro y piedras de gran valor; el hierro era grande, y tan limpio, que como una estrella relucia; andaba gobernando muchas gentes, mandándoles asentar las tiendas y hacer cavas.

Pues estando así todos mirándole como por maravilla, vieron cómo llegó á él una doncella cabalgando. Y desde que algun poco habló con ella, partiéndose dél, vínose para la ciudad, y llegando á los caballeros, vieron que venia en una bestia que al parecer parecia muy fiera, ensillada con una rica silla guarnecida de oro, y así lo era el freno. Sus vestiduras y tocado eran muy extrañas en la hechura dellas; el rostro y las manos tenia negras, mas de muy buena facion, y parecia muy hermosa, tanto, que bien habia allí caballeros que se tuvieran por contentos de la servir. Esta doncella traia en su mano una carta, y siendo ante Norandel, que delante todos estaba, dijo: «Caballero, ¿está aquí un caballero que se llama de la Gran Serpiente?» Norandel, que se maravilló cómo hablaba lenguaje que bien entenderla podia, dijo: «Buena doncella, ¿qué es lo que quereis?—Quiero, dijo ella, darle esta carta de parte de aquel caballero que allí veis.» Norandel, que bien pensó lo que podria ser, hubo mucha gana de saberlo, y dijo: «Yo soy ese que demandas.—Pues toma, dijo ella, la carta, y envia la respuesta tal, que creamos las nuevas que de vos se suenan.» Y volviéndose por donde vino, se tornó al caballero. Norandel abrió la carta, que así decia.

CAPITULO CXLVIII.

De la carta que envió Radiaro de Liquia á Esplandian.

«Radiaro, el gran soldan de Liquia, amigo de los dioses, enemigo de sus enemigos, amparo y defensa de los paganos. Hago saber á tí, el caballero Serpentino, que la fusta de la gran Serpiente mandas y señoreas, cómo yo soy venido en estas tierras, donde supe que, mostrándote cruel enemigo, sin causa ni razon ninguna, del rey Armato de Persia, mi tío, le has muerto muchas de sus gentes y tomado y robado algunas villas tuyas, y por grande engaño prendiste á él, publicando que de su gran señorío le has de desterrar, quedando tú por señor dél, teniendo en tu favor y ayuda á este emperador, que cercado y casi tomado tenemos. Y como quiera que la su destruición y tuya en nuestras manos y voluntad está, quiero, por aquella gran fama y prez de tu persona, que por el mundo divulgada es, usar contigo de tanta piedad y merced, que de tu persona á la mia, ó diez por diez, ó cinco por cinco, ó doscientos de mis caballeros con otros tantos de los tuyos, entremos en este campo, donde, con ayuda de mis

dioses, te haré conocer aquella fuerza que á este tan grande y tan honrado rey, mi tío, haces. Y si tú eres aquel que mereces ser loado con razon, como la fama de tí corre, no podrás ninguna cosa destas rehusar.»

CAPITULO CXLIX.

Cómo los caballeros cruzados, con licencia del Emperador, aceptaron la batalla en la manera que Radiaro el soldan les habia escrito.

Leida la carta por Norandel, aquellos caballeros con mucho placer le dijeron que la respuesta fuese luego enviada, aceptando la batalla de uno por uno ó de diez á diez; que allí entre ellos habia tales que muy bien podrian mantener todo derecho. Pero Norandel les dijo que su parecer era que, pues ellos estaban á servicio de aquel emperador, que no debian, sin su consejo y mandado, responder ninguna cosa. Todos dijeron que él decia bien. Pues así estuvieron en la guarda de su puerta, esperando si los paganos le harian algun acometimiento, para los resistir hasta la muerte. Mas no fué así; que tan ocupados andaban en fortalecer sus reales, y en esperar el Soldan la respuesta de la carta, que no entendieron en otra cosa. Y venida la noche, cerradas las puertas, poniendo guardas encima de la cerca, se recogieron á sus aposentamientos, donde Norandel y aquellos caballeros mostraron la carta al Emperador, rogándole muy abincadamente que les diese licencia para tomar la batalla con aquel soldan, de uno por uno ó diez por diez. El Emperador, como en tan gran necesidad estuviese, no quisiera aventurar ninguno de los suyos sino allí donde excusar no se podía; porque mas falta le haria uno que á ellos diez mil. Pero tanto le rogaron, que, aunque contra su voluntad fuese, les otorgó lo que pedian, de que muy alegres fueron. Y cenando y reposando aquella noche, siendo el alba venida, todos fueron vestidos y armados, y puestos en aquella parte que por guarda les era encomendada, y acordaron de enviar un escudero con una carta en respuesta de la que les habia enviado, que así decia.

CAPITULO CL.

De la carta que los caballeros cruzados enviaron á Radiaro, soldan de Liquia.

«Los caballeros cruzados de aquella señal en que el Redentor y Salvador del mundo recibió muerte, cuyos siervos y en cuyo servicio somos, y despues dél, en el del emperador de Constantinopla; ministros deste muy alto Señor, para creer y sostener la su santa ley, y para destruir todas las otras leyes que fuera desta son, decimos á tí, Radiaro, soldan que de Liquia te llamas, cómo por una doncella que se dijo ser tuya recibimos una carta, por la cual te querellas de algunas cosas que aquel bienaventurado caballero Serpentino ha hecho, poniendo tu persona en batalla contra él, ó asimismo con otro número de caballeros en iguales partes, dejando el efecto dello á nuestra disposicion y voluntad. Y porque responder á otras cosas no haria al caso; si á tí place, pues aquel caballero no es presente ni por ahora haber se puede, aquí entre nosotros hay tales caballeros, hijos de reyes, que satisfarán á tu

demanda, así á tu sola persona como á los diez caballeros que señales; escogé lo que mas te placirá. Y el campo siendo señalado y seguro, luego entraremos en él, y allí será manifiesta la escuridad y tinieblas de tu ley, y la claridad de la nuestra.»

CAPITULO CLI.

Cómo de la una parte y de la otra fué concertado que diez por diez hubiesen de entrar en la batalla.

Este escudero llegó con la carta donde aquel soldan armado andaba, y díjole: «Los caballeros de Jesucristo te envian esta carta; responde lo que te placirá.» El Soldan tomándola, leyóla y estuvo un poco pensando, y dijo: «Escudero, di á esos que acá te enviaron que mi deseo no es sino probar mis fuerzas con aquel que ellos tienen creído que ninguna fuerza, por grande que sea, á la suya se le puede igualar; y que mas por la gran fama que por su estado, es mi voluntad deseosa de me juntar con él; teniendo por cierto que la gloria que entre vosotros ha ganado, ganándola yo dél, algo en mi loor seria acrecentado; que si por eso no fuese, otros muchos como él tengo yo en mi servicio; y pues que por el presente haber no se puede, que destos que digo, que son hijos de reyes y de altos hombres, yo daré diez dellos, con que esos caballeros hayan la batalla.» El escudero le dijo: «Soldan, yo no vine á tí sino por te dar esta carta, y por eso no te quiero responder; pero tanto te digo que si osares entrar en el campo con aquel bienaventurado caballero que agora desprecias, tú hallarás al revés todo aquello que creído y pensado tienes.» El Soldan, algo con saña, dijo: «Yo te he respondido, y no te detengas mas en mi presencia; porque conociendo tú á él, y no á mí, has respondido como hombre de poco recaudo.» El escudero se tornó á aquellos, que con mucho deseo le atendian, y contóles todo lo que pasó.

Ellos, habido su acuerdo, dijéronle: «Torna luego, y dile al Soldan que otorgamos lo que dice, y que bien creemos que, aunque no sea por nuestras honras, sino por la suya, no meterá en la batalla sino caballeros de alto lugar, como acá se los darémos, y que los mande luego armar; que nosotros prestos estamos.» El escudero tornó luego y dijo: «Soldan, aquellos caballeros otorgan lo que tú señalaste; manda armar los tuyos, que en este campo los hallarán, con tal que tú des la seguridad que en tal caso se requiere.» El Soldan le respondió: «Escudero, diles que no acostumbro yo que los míos entren en las semejantes batallas como hombres de poco valor, y que yo haré cercar mañana un gran gran campo de maderos y cadenas de hierro, donde se combatan, y que la seguridad será tan segura y tan firme como si dentro desa gran ciudad se hiciese; y que ellos estén prestos, que así lo estarán los míos. Y en lo que dicen, que les dé sus parejos, así lo haré, y tales que no pueda haber reproche ninguno.» Sabida esta respuesta por Norandel y sus compañeros, tuvieron por bien que así se hiciese, y estuvieron en la guarda de la puerta, esperando de hacer en los enemigos algun daño, si tiempo para ello aparejado se les ofreciese. Mas no fué así; porque aquel gran soldan, deseando ver algo de las

CAPITULO CLIII.

Cómo, despues que al campo salieron Tantos por tantos, el sol repartido, Infieles con fieles con grande alarido Mortales encuentros primero se dieron; Adonde, despues que envueltos se vieron, Norandel y Talanque, Imosil, Elian, Trion y Gavarte y Ambor, Listoran, Bravor y Maneli, la justa vencieron.

Esto así concertado, acostáronse en sus lechos, y siendo ya la media noche venida, levantáronse aquellos diez caballeros, y mandando llamar los capellanes del Emperador, se fueron á la capilla, donde se confesaron y comulgaron con gran devocion. Y siendo venida el alba, el Emperador y la Emperatriz, con su hija y dueñas y doncellas, les vinieron á hacer compañía; y oida por todos la misa, Norandel, tomando consigo los nueve caballeros, se fué á la infanta Leonorina, y hincadas las rodillas, le dijo: «Hermosa señora, pues que todos somos vuestros, como es el vuestro caballero, queremos que nos deis las manos para las besar, y ir á esta afrenta con vuestra gracia y amor.» La Infanta los hizo levantar, y dijo: «Mis buenos amigos, mi amor teneis vosotros enteramente, y ternéis todo el tiempo de mi vida; y así, ruego yo á nuestro Señor que vos otorgue el suyo, y vos saque deste peligro con bien y honra, porque el Emperador mi señor vos galardone los grandes servicios que le haceis; y las manos no vos las daré, antes las terné juntas hácia el cielo, rogando por vuestra salud.» Norandel, en tanto que la Infanta preguntaba si sabian algunas nuevas de su caballero, llegóse á la reina Menoresa y díjole: «Mi verdadera señora, ruégoo yo por merced que, porque tenga cierto ser de vos recibido por vuestro caballero, me deis alguna empresa que por vuestro amor lleve.» La Reina, que así como él, ó por ventura mas, presa de la amorosa fuerza estaba, no pudiendo ya disimularlo ni resistirlo, respondió: «Amigo mio, la mas preciada joya de las que vos puedo dar llevais con vos, que es mi corazon; que si lo amais, como lo habeis dicho, por sostener su vida es razon que sostengais la del vuestro, así como antes vos he dicho, y junto con él, llevad este mi anillo;» y sacándolo de su dedo, se lo dió lo mas encubierto que pudo, el cual era de muy ricas piedras guarnecido.

Quando Norandel aquellas palabras oyó, fué mas alegre que si hubiera ganado todo el mundo; y hízose tan lozano, que no veia la hora de ser en la batalla, considerando que mas por su esfuerzo y buenas mañas que por sus riquezas, que por el presente apartadas tenia, habia de ganar el amor de aquella reina tan preciada y tan hermosa. Y tomando consigo á sus compañeros, despedidos dellas, se fueron al Emperador, y armáronse de sus armas muy ricas, con las cruces que ya oistes; y cabalgando en sus caballos, que á la puerta de los palacios los tenian, se fueron á la puerta que guardaban, y el Emperador con ellos, y tantas gentes, por ver la batalla, que maravilla era. Y allí llegados, vieron andar al Soldan armado, como siempre acostumbraba hacer cuando andaba en alguna guerra, y mas de dos mil hombres que acababan de cercar un grande

proezas que de aquellos caballeros cruzados le habian dicho, mandó á los suyos que por aquel día no se desmandasen en acometer á los cristianos; y asimismo hizo saber á todos los paganos, que en la tierra y en la mar estaban, cómo tenia concertada aquella batalla; que les rogaba, porque en falta su palabra no cayese, que no hiciesen ningun movimiento. Todos los otros príncipes lo tuvieron por bien; porque, como quiera que muchos y en muy grande estado fuesen, este soldan de Liquia era uno de los mas principales, y en valentía de su persona y esfuerzo de corazon el mas de todos señalado, y mas se preciaba de tener siempre en su servicio los mas escogidos caballeros que en aquellas partes donde su gran señorío era se podrian hallar, y tales eran, que entre todos los otros como por mas escogidos los miraban.

CAPITULO CLII.

Cómo Norandel nombró los nueve caballeros que juntamente con él habian de entrar en la batalla.

Pues siendo ya el sol puesto, en que en aquella hora los de la ciudad se recogian, cerradas las puertas, fuéronse aquellos caballeros al palacio del Emperador, donde sus aposentamientos tenian, donde hallaron las mesas puestas y aparejada la cena; y siendo desarmados, sentáronse á ellas por la órden ya dicha, cenando y hablando con mucho placer y esfuerzo, y diciendo al Emperador cómo tenian la batalla ya concertada, no con el Soldan; porque con achaque de se guardar para la haber con Esplandian se les habia excusado, mas que les daba diez caballeros de alto lugar, segun él lo decia. Y asimismo le dijeron de qué modo habia señalado el campo y el plazo al otro día. El Emperador, aunque pena sintiese en poner en aventura tales diez caballeros, por no mostrar flaqueza, dijo que todo estaba muy bien ordenado, y que rogasen á Dios que ayudase á los suyos, y con esto les dijo: «Yo os digo, amigos, que en lo que sé de personas ciertas, ese Soldan es uno de los mas escogidos caballeros que en todas las partes de Oriente se halla, y así son los que con él viven, porque desto se precia él mas que de ninguna otra cosa.» Despues que la cena fué acabada, todos se retrajeron á descansar, y Norandel dijo á sus compañeros: «Buenos señores, ya veis en lo que estamos; no podemos ser en esta batalla mas de diez caballeros; si á vosotros todos placirá, yo los nombraré, y segun veo que se va comenzando, no les faltará á los que de fuera quedaren donde muestren sus grandes esfuerzos.» Todos ellos le dijeron que con lo que él hiciese serian muy contentos. «Pues, señores, dijo él, los que por agora deben entrar en esta batalla son estos: don Gavarte de Val Temeroso, Talanque y Maneli el Mesurado, Ambor de Gadel, Elian el Lozano, Bravor, el hijo del gigante Balan; Trion, primo de la reina Briolanja; Imosil de Borgoña, Listoran de la Puente de la Plata, y asimismo yo con ellos. Y los otros, rogad al muy alto Señor de todo el mundo que nos dé la victoria, y á vosotros cuando en semejante afrenta seréis puestos, y si mas su servicio se cumple con nuestras muertes, nos haya merced de nuestras ánimas.»